ARTE Y LITERATURA

El Hoy, hijo del Ayer

La colección histórica "Gran Capitán"

Por ANGEL DOTOR

(De la Real Academia Hispano Americana)

[...] un nuevo y relevante [...] ahora se ofrece a la [...] perentoria tarea, tantas ve[ces] [...] de reconstruir cul[...] con exactitud objetiva [...] de forma, tantos hechos [...] como, en mayor o menor [...] erróneamente [...] por deficiente y oscura [...] consuetudinaria.

[...] esta insiste en considera[...] sobre tema tan reiteradamente [...] a lo largo de estos años, [...] rápido e inusitado esplen[dor] [...] género biográfico viene [...] ante todo, con la decidida [...] que hacia él demuestran [...] la manifiesta necesidad [...] todo un acervo de exp[...] crítica en gran parte [...] los nuevos avances her[...] y la evolución de los pu[...] que se ofrecen al [...] Porque es innegable [...] caudal preterito no [...] con raras excepciones [...] detestos, serían menos fra[...] y, desde luego, no encon[...] [...] infausta esa confe[...] de referencia a que tanto[s] [...] se consagran ahora en [...]

[...] pues, informar [...] núcleos lectores acerca de [...] aportaciones espa[ñolas] [...] van surgiendo en el [...] en cuestión [...] supone su conocimiento [...] hoy a la colección [...] que tan preciso [...] entre las de su clase [...] las peculiaridades de su [...] acierto ya logrado, con su[s] [...] volúmenes garantía segura [...] ponerse [...] similares, respondiendo [...] la jerarquía del nombre [...] tan clásico en españolidad [...] por Bernardino de Pa[...] el ilustre escritor y artista [...] polígrafo como maestro [...] en esta clase de crea[...] [...] la colec[ción] "Gran Capitán" responde a la [...] trazada de antemano, que [...] el sutile dulcis horaciano [...] lo útil y lo agrada[ble] [...] el rigor reconstructivo [...] de la forma, la densidad [...] y la amenidad, aspectos [...] si bien no son antagón[icos] [...] raramente vemos apare[cer] [...] concordantes, por [...] su adecuada coexisten[cia] [...] singular dominio de los [...] expresivos e ondulant[es] [...] la labor a que como [...] autores se sustraje[ron] [...] más de un semest[re] [...] la luz los [...] primeros [...] con los que se patentiza [...] inquebrantable afán de que [...] estar animados los respe[ctivos] [...] autores —todos ellos primera[s] [...] a fin de imprimir a la se[rie] [...] elevado nivel de interés y [...] pulcritud y galanura tan [...] logrado por otras simi[lares] [...] en sus obras harto disímiles [...] gencias.

[...] de referencia, todos [...] espléndida factura material [...] impresión, copiosas ilustra[ciones] [...] encuadernación, etc., son [...] por J. García Merca[...] [...] Juan de Austria, por [...] [...] «Cisneros», por A. [...] «El Duque de R[...]» [...] de Taxonera [...] por Antonio J. Onieva [...] IV y su época», por Berna[rdino de] Pantorba [...] «La vida [...] de Quevedo», por L. Astrana [...]

[...] que decir tiene que [...] más su [...] a estas líneas [...] acerca de las [...] cada una de ellas [...]

[...] Dorado es el primer [...] publica en lengua españo[la] [...] Carlos V [...] en el que [...] el escritor [...] gran autoridad en esta [...] ha logrado [...] y llega [...] marino ofreciendo la [...] sus capítulos [...] una peren[ne] [...] de las brillantes [...] [...]

[...] Juan de Austria» [...] notable [...] Fuera, tan conocido [...] de literatura militar [...] figura del célebre [...] Carlos V, de vida [...] en [...] la verdad [...] en breves capítulos, de [...] aquellos lustres brillantes [...] pasado en los que [...] tan ejemplar [...] amor patrio, y [...] es un modelo de bel[leza] [...] policroma y [...] que contribu[ye] [...] atrayente y útil su [...]

[...] nos da el gran [...] Bernardino [...] una nueva

y brillante interpretación de la figura y la obra del famoso cardenal regente, vida, en su sentir, constitu[ti]va de verdadero paradigma. Caracteriza este libro por el orden que si[gue] la exposición y su riqueza documental, lo cual imprime al [...] expositivo, manifiesto interés. Entre las modernas biografías del eximio político, ninguna ofrece con mayor relieve que ésta el concepto del carácter de aquel tan españolísimo por su reciedumbre y su fe.

Luciano de Taxonera, el gran escritor especializado en la reconstrucción del siglo XVIII español, proclama con «El Duque de Riperdá» su capacidad y entusiasta dedicación en tal orden. La figura inquieta y desconcertante del famoso "gobernante aventurero" se prestaba en verdad a que un escritor de su talento [...] para plasmar tan singular carác[ter] [...] serie de avatares que [...] tan su intensa, aunque no dilatada vida, con tan brillante acierto.

Extraordinario es el mérito de «César Borgia», la biografía del célebre caudillo del Renacimiento, escrita por Antonio J. Onieva con [...] y competencia [...] La tarea vindicativa del discutido personaje, tan vinculado a España, hace tiempo emprendida, cu[lmina] en este libro [...] ponderación [...] documental, que costó al autor [...] años de rigurosa búsqueda y [...] en próximas fuentes. Ni apología ni diatriba, sino puntualización de los hechos, que es como decir retrato y estudio de magistral objetividad, esto es la biografía del célebre gonfaloniero.

«Felipe IV y su época», firma[da] por el propio director de la colección, Bernardino de Pantorba, es no sólo el libro acaso más importante debido al autor, sino una de las mejores creaciones de su clase a [...] existentes. Dividido en estampas, o sea visiones descriptivas de los multiformes aspectos de la vida espa[ño]la setecentista, en torno a la figura débil y hedonista del monarca imitador de la decadencia nacional, en él aparece descrito e interpretado de mano maestra cuanto ofrece interés conocer hoy de la misma, mediante prosa rica en matices expresivos y de la mayor pulcritud y belleza, que tanto contribuye a [...] el interés del lector. El volumen ofrece, como apéndice, una selección de los famosos "Avisos" y noticias de [...] con los que se robustece la información acerca de la vida española de su época.

Finalmente, «La vida turbulenta de Quevedo» constituye una de las [...] de la investigación erudita contemporánea, en [...] que su autor [...] Luis Astrana Marín, da fe de [...] sa e inigualada capacidad [...] dora de datos por virtud de la cual le es dado reconstruir [...] mentos y aspectos [...] con figuras cumbres de la Edad [...] nacional. El glorioso satírico, escritor el más completo que [...] España, se nos ofrece, merced a los descubrimientos de Astrana, [...] distinto a como [...] sido tenido por la crítica y a la iconografía [...] Sin [...] de esa filiación y prestigiosa [...] la trayectoria de la vida y la obra quevedesca [...] han [...] consignar [...] una prosa recamada de belleza concisa, suelta y elegante. El volumen ofrece, como complemento, la reproducción —hecha del único ejemplar existente en el mundo— [...] hace poco descubierto y afortunadamente hallado por Astrana, [...] cual [...] de un opúsculo anónimo [...] que Astrana escribió contra Quevedo y el Conde Duque de Olivares, el cual apareció en 1630 en [...] la edición a poco [...] peligroso de su texto.

El «preludio de la gota de agua»

Por Domingo Paniagua

Enfermo de amor, camina Federico Chopin por las avenidas de la ciudad. Camina con la música en su maleta, la santa de Constanza en el corazón, el corazón bajo el brazo...

De María Wodzinska sólo conserva un ramillete de rosas [...], marchitas como flores de papel. Las anuda con una cinta rosa y estampa en ella la fórmula gráfica que refleja su desdicha: MOJEA BEDA.

«Mi desventura». Desventura amarga, engarzada en el recuerdo gris de su primer amor. Constanza Gladkowska.

Enfermo de amor, parte desilusionado de Viena a París, y en París, en una atmósfera romántica de [...] y censuras, conoce a Jorge Sand.

El músico polaco lleva [...] en su piel los estigmas de la [...]

Su presencia no armoniza en aquel marco aristocrático. Es mate su [...] y blanda la voz que le [...] tembloresa de sus labios.

La baronesa Aurora Lucila Dupin la prendió en sus mallas y un día [...] a Franz Liszt:

—¡Tráeme a Chopin!

Federico Francisco [...] con aquella mujer que le brinda el destino, navega a la deriva en el bajel de su amor.

Mallorca es la meta de su aventura.

En una celda cuadrada de la Cartuja de Valldemosa [...] Chopin los brillantes compases de sus Preludios. La baronesa nostálgica [...] en Venecia [...] en el Hotel Danieli y el [...] de Musset.

¡Qué distante el recuerdo envuelto en las brumas de la leyenda amorosa, urdida en torno a ambos personajes!

En la paz de la Cartuja, sueña Chopin quimeras de terror y en [...] delirio febril compone los ve[inticuatro] «Preludios».

Enfermo de mujer, escribió una música divina y dio a un solo movimiento la voz del infinito.

Una noche de tormenta escribe el «Preludio de la gota de agua».

Tamborilea la lluvia en las calles de la Cartuja. Culebrinas de fuego, zigzaguean ante las celdas del músico. Crece la tormenta. Miedo. Silencio... y luego un trueno que crepita y resuena, sordo, interminable...

Chopin ataca el piano con las manos clavadas en el teclado. Llora. Siente miedo, el aliento se le para, los pulsos se le aligeran.

Poco a poco, los compases de un preludio se van cuajando en el corazón de aquella noche negra.

Un atardecer, se dibujan en la [...] lejanía los perfiles desvaídos de la [...] romántica.

Mallorca [...] la isla. En el alma de Mallorca hay en aquel [...] musical, un temblor [...] como si en el espejo de su arte [...] temblaran tenues, los compases, de [los] preludios.

La noche y el mar

¡QUE PROFUNDA ES LA NOCHE!
LOS FAROLES DEL PUERTO PESCADOR
SE TRAGAN LAS ESTRELLAS
Y RECORREN EL AMBITO SIN BORDES
PERSEGUIDOS POR TODAS LAS SIRENAS.

¡COMO ULULAN LOS PITOS NAVEGANTES
EN LA TERRIBLE NOCHE MARINERA!

SE HA TRAGADO EL RELOJ LA LEJANIA
Y HA SONADO LA HORA SIEMPRE QUIETA
DE LOS SUEÑOS EN TRANCE AVENTURERO,
MIENTRAS LOS HIPOCAMPOS Y LOS PECES
DETIENEN SU CARRERA,
MIENTRAS LAS AGUAS HUYEN
Y VIGILAN LAS PERTIGAS.

CUANDO NADIE LOS MIRA, ALLA SE ABRAZAN
NOCHE Y MAR, SIEMPRE IGUAL, COMO SI FUERAN
NOVIOS ETERNOS QUE SE ESTAN CITANDO
EN EL ULTIMO CANTO DE UN POEMA.

JOSE MARIA PORTUGUES

LECTURAS DE MODA

Por Manuel IRIBARREN

Como todas las mañanas, la señorita empleada cruza la calle, con su libro bajo el brazo, en dirección a la oficina. A decir verdad, siempre he sido un poco escéptico de la seriedad burocrática de la mujer. Por prejuicio atávico quizás. Esta señorita, cuando menos, es puntual en acudir a sus obligaciones. Su deportiva silueta se calca sobre el asfalto con la precisión matemática del gnomon solar, y, en efecto, ejerce para mí las funciones de un reloj viviente. Antes de que doble la esquina, me entran el periódico con el desayuno, si la repartidora de la leche no se desvía de su ruta cotidiana.

Siento una creciente curiosidad por conocer la clase de libros cuyo trato frecuenta esa señorita de aire oficinesco y deportivo. Dime que lees y te diré los puntos de sensatez que calzas. Pero no logro distinguirlos desde mi puesto de vigía.

El que trae hoy bajo el brazo violenta ligeramente su esbelta figura, por su excesivo volumen. El canto verde me lo identifica al momento. Se trata de una novela de moda: «Lo que el viento se llevó», de Margaret Mitchell: mil páginas de lectura apretada. A la vista del grueso tomo que presenta, en su forma, cuadrada de ladrillo sentimental, el más romo de los humoristas advierte la inadecuado del título. No parece factible que el viento, aun en forma huracanada, pueda llevarse un voluminoso y pesado mamotreto. Pero dejemos los retruécanos y las ironías de mascarón [...] para la escena.

Hace tiempo que tuve noticia por un profesor de literatura americano, del gran éxito obtenido en su país por esta grande novela que, a lo que parece, refleja con fidelidad la romántica época de Lincoln y el ambiente de la llamada guerra de Secesión entre nordistas y confederados. La fuerza difusora del «cine» ha extendido el éxito por todo el mundo. No obstante, «Lo que el viento se llevó» aguarda su turno de lectura, sobre mi mesilla de noche, turno que no acaba de llegarle. La edición que poseo impresa en Chile, consta de dos tomos y ha tenido el mal gusto de intercalar, entre sus páginas escenas fotográficas de la película filmada con su argumento. Ello pone límites a la imaginación al sugerir los personajes de la novela con rasgos evidentes, ya conocidos.

Los fraudes de que se hace víctima al ingenuo lector, por parte de la propaganda editorial —resorte principalísimo en la consecución del éxito público— se va enseñando a no fiarse del criterio ajeno. Gusta diferenciar por sí entre gran novela y novela grande, que no es una misma cosa.

Yo confieso que las dimensiones excesivas de la novela de Margaret Mitchell me previenen en contra. Exijo un caro tributo de tiempo y me resisto a hincarle el diente de la curiosidad por miedo a tener que pagarlo.

¿Hasta qué punto es lícito dedicar horas y horas de nuestra vida a emocionarnos en las peripecias de unos seres particulares cuando tantas preocupaciones colectivas nos abruman?

No hace mucho se nos dijo, tratando de interpretar la decadencia de la novela, que el mundo tenía demasiada prisa para perder su tiempo en lecturas de imaginación. De ahí que naciese la novela corta con su estímulo rápido y emocional. Pero ahora que la velocidad e inquietud de los hombres se ha multiplicado, por incomprensible paradoja surge y prospera la novela río que, en premiosa prolijidad, lleva camino de hacer bueno a nuestro don Manuel Fernández y González, opulento señor de extravagancias, adjetivos y fantasías.

Registremos el hecho. «Lo que el viento se llevó» es ya, entre los lectores españoles, una novela de moda. Como lo es «Vinieron las lluvias», de Bromfield. Y lo fué, hasta ayer como quien dice, «Rebeca», de Daphne de Maurier. Tres productos anglosajones que, por la difusión que han alcanzado entre el público, a pesar de sus precios exhorbitantes, hacen pensar en la eficacia de los procedimientos propagandistas yankis. Justo es reconocer que el paladar del público se va afinando. Aquí y fuera de aquí. Mientras «Rebeca» es una novela mediocre, entre rosa, morbosa y policíaca, la obra de Bromfield se reputa por su excelencia al describirnos magistralmente la India contemporánea y sus particularidades, a través de cuadros vivos y de seres vivientes.

¿Qué circunstancias determinan el éxito del libro en el vulgo, siquiera este éxito sea de carácter temporal? Saquemos a colación la advertencia de Cervantes: «Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde».

Desde luego ciertos libros, en particular las novelas, los impone en España la mujer, que es [...] la [...] que lee. Pero la novela suele resentirse de influjo pasajero. El lector gusta, en principio, de ambientes ignorados, exóticos, y por resistencia natural prefiere interesarse en los problemas que no vive. Pero hoy la literatura episódica requiere la colaboración del «cine» para que su éxito trasponga las fronteras. Nos lo confirma la reciente popularidad del «David Copperfield» y la tragedia de Romeo y Julieta cuya magnífica realización no pudo imaginar ni el propio Shakespeare.

¡Ojalá que los que rían en sus comedias no se diviertan con la [...] solía exclamar Aristófanes, poniendo en tela de juicio la legitimidad de algunos éxitos [...] Pero el gusto del público, dejándose llevar por la crítica responsable, se va depurando, día a día, ya de la cinematografía que empieza a celebrar y [...] las novelas y comedias que [...] calor humano y más gracia de pan.

Hoy termina el plazo de admisión para el concurso de cuentos

Esta noche a las doce termina el plazo para la admisión de originales a nuestro concurso literario.

Como esperábamos, la iniciativa de ODIEL ha encontrado cumplido eco entre sus lectores de uno y otro sexo, que han acudido en número considerable, con trabajos dignos de verdadera estima.

Creemos que el Jurado habrá de tropezar con serias dificultades para otorgar el premio, pues, como decimos, abundan los originales de calidad. A estos habrá que añadir los que sin duda llegarán en el día de hoy, ya que como es usual en estos casos han de ser muchos los que envíen sus trabajos en el último momento.

Según consta en las bases, el resultado del concurso de cuentos se hará público el próximo día [...] de agosto.

EN LOS CONCIERTOS

Por Manuel Garrido Molina

Es imposible detener el vértigo que se apodera del alma al percibir el oleaje tumultuoso, profundo y caprichoso de la música. Sensaciones infinitas, llenas de los más diversos coloridos, [...] haciéndonos concebir extraños goces con delirio infinito; paulatinamente nos introduce en un edén de ensueños, es juventud, armonía, belleza, lágrimas, fuego...

En sus diferentes expresiones llega la música al melómano como un hilo invisible que une las vibraciones sonoras con su interior emotivo creándole una vida superior.

En nuestros tiempos existe una gran sequía intelectual de este ecléctico arte, pues la mayoría de los oyentes no oyen. ¿Es posible oír la Novena de Beethoven masticando bombones? ¿Qué concentración espiritual afluye en el que se preocupa de admirar, durante el concierto, a la señora del palco lindante? Hoy quien se preocupa de la mímica del director y juzga lo que escucha por las extravagancias que éste pudiese hacer. Asisten frecuentemente las consabidas amiguitas que se apasionan en criticar el desmesurado smokin del director o el ajustado chaleco del concertino. En otro grupo se encuentra el profesional que tampoco se reconcentra espiritualmente, sino que sólo trata de buscar defectos sin entregarse por tanto, a la música que percibe. Los críticos, en su afán de desenmarañar sonidos, también se desligan del espíritu y oyen con el cerebro. Los gacetilleros, ajenos a lo que oyen, buscan ávidos emotivos para el relleno de sus cuartillas.

¿Quiénes son, pues, los que saborean la música con sensibilidad concentrada? Por lógica parece ser que el profesional es el predispuesto para saborear las profundidades musicales: sus conocimientos técnicos le harán combinar sonoridades y expresiones, mecanismos y articulaciones; medirá períodos y frases; conocerá cánones y fugas; motivos y contramotivos, pero ¿qué prejuicios abrigará, al mismo tiempo? ¿Es posible entregarse al goce sensible y emotivo de la música discutiendo a media voz de un giro armónico o de una tercera disminuida? ¿No demuestra que sus conocimientos le hacen oír con el cerebro?

Handel, Mozart, Schuman, Chopin, Liszt, nos han demostrado que han escrito sus composiciones con el alma, y que ninguna pasión, que no fuera el hacer música, les concibió la idea.

El carácter sobrio y agrio de Beethoven nos dió una prueba más de tiernos sentimientos en su «Misa solemne» al escribir como epígrafe en su partitura: «Esta música procede del corazón. ¡Ojalá llegue asimismo al corazón!».

Berlioz nos demuestra su calidad de oyente describiendo la magia de Liszt al interpretar la sonata en «do sostenido menor» del gran músico de Bonn: «Era aquello la sombra de Beethoven, evocada por el virtuoso y cuya gran voz oíamos. Todos temblábamos en silencio y después del último acorde seguíamos callados... llorábamos».

Sierra de Huelva

Te siento, inquieto corcel,
desbravando mis entrañas;
mi sueño con las montañas
es dulce como la miel.
Quiero bordar un dosel
con la jara y el romero;
[...] prisionero
del castaño y de la encina;
[...], sierra divina,
celoso como un [...].

Tu nombre

[...] para mi amor,
en la tarde enamorada;
rosa de estrellas, ganada
para mi oculto fervor;
suave y extraño temblor
[...] como un venablo.
¡Oh, cuan íntimo vocablo
en la espera estremecida!:
Pregonero de mi vida
de silencios, cuando te hablo.

Antonio Segovia Moreno

El poeta y la soledad

UNA de esas tardes en que las horas se nos vacían hasta derrumbarse sobre la mesa donde escribimos como si fuesen un trasto inútil, el poeta abandonó su cuarto y salió a purificarse el alma. Precisamente entonces había colocado su lapiz como señal en determinada página de la "Primera Antología" de Juan Ramón y le bullían dentro unas inquietudes románticas, algo así como el germen de una decisión heroica, verdaderamente heroica.

"La soledad y el poeta". ¿Qué significado tenían estas dos palabras cuya simultaneidad es corriente cuando se pretende explicar el raro fenómeno de la inspiración? ¿Se trataba realmente de una soledad absoluta, casi corpórea, cuyo efecio extrajera de nuestra imaginación los versos por un sencillo procedimiento de física, o bien, por el contrario, era una metáfora más que no tenía apoyo en la realidad?

Su cuaderno de notas bajo el brazo, la mirada alta y el pensamiento hondo, sintióse desde el primer momento un explorador de felices tierras y el padre de los mejores descubrimientos. Sólo le diferenciaba de cualquier otro mortal —y no era poca la diferencia— cierto singular empeño en sorprender a la soledad en una de sus madrigueras del monte.

El paisaje de aquellos contornos era tremendamente seco y de un color pardo oscuro que invitaba a la penitencia de golpearse el pecho desnudo con una piedra, y el espíritu del poeta, acostumbrado a otro sol distinto y a otra especie de sensaciones más agradables, notó que se le clavaba muy honda la terrible espina de lo inesperado.

No obstante, prosiguió el camino orillando las primeras estribaciones de una loma y dejando sus huellas a merced de los perros vagabundos que a la sazón ladraban en el horizonte. A ambos lados se alborotaban los pájaros del olivar y mezclábase su voz con el cazurro adiós de los labradores.

La soledad... Pero ¿dónde estaría? La semidesesperación amenazaba sus fronteras. Cuando no era la moza alegre y redonda de carnes que abrevaba canciones en el río o el campesino sanchopancesco cuyo asno lleva siempre una buena carga de palos secos, era el paradójico abandono de la vega quien traía a la memoria la constante presencia del factor hombre. Aquella exactitud de formas geométricas y aquella alineación matemática de hierbas que la naturaleza hubiera sembrado a voleo, le dolían en el alma. De haber estado al alcance de su mano, quizá el poeta mismo, hubiese revuelto chopos con olivos, berzas con legumbres en la más caprichosa de las mescolanzas primitivas; porque tal espectáculo era demasiado síntoma de civilización para que allí, de surco en surco y por debajo de las plantas encontrase un ápice de lo que venía buscando.

Quedóse parado un instante. Le miraban los arrieros de su mismo camino. Meditaba para su magín: ¿y en lo alto del monte? Sus pasos volvieron a remover el polvo y a dejar su doble llamada en el silencio muchas veces turbado del paisaje, mientras la montaña, por cuya ladera ascendía, se le iba abriendo como un gigantesco libro de dos únicas hojas donde se leía la última estrofa del himno de la creación.

Por fin llegó a la cima. Desde allí se dominaba media provincia y parte de las regiones vecinas. El sol acababa de ponerse y todas las sombras de la noche se congregaban en el valle para escalar las más empinadas peñas. Se había levantado un ligero viento y silbaba ligeramente al introducirse en la calavera de un perro muerto. El poeta la miró, pero no se detuvo en ella. Volvió los ojos a todas partes y no sabía qué responderse. ¿Se hallaba realmente en presencia de la soledad? ¿Sería aquella su madriguera? Ni un solo vestigio humano; ni una sola palpitación de vida; el alma libre, totalmente liberada de la civilización... No obstante le pareció oír de pronto el misterioso ruido de una capa desplegada y algo así como el fuerte resuello de un hombre fatigado por la subida. ¿Sería el eco de su propio cansancio? Miró hacia atrás desorbitadamente. Tenía los pies clavados en la roca, ¡qué raro!, y frente a él, cara a cara, le pareció reconocer a alguien. Pero, no; nada había delante de sus pupilas asustadas; únicamente la misma lejanía esquelética del paisaje, la creciente oscuridad del crepúsculo, el mismo susurro de capa y de resuello humano y, acaso también, la pesada imagen creada por el miedo de verse solo, de verse definitivamente al lado, más aún, dentro de la soledad. Sin embargo el poeta nada comprendía: le seguía hirviendo la sangre en el temor y decidió bajar del monte cuanto antes aunque la derrota le pareciese abrumadora.

Su sombra se agrandaba a las [...] del camino, hacia la primera estrella. Y hasta que sus oídos, vueltos otra vez a la realidad, [...] la sombra en [...], no comprendió el poeta lo [...] que había sido el escape [...] de sorprender a la soledad.

JOSE MARIA PORTUGUES

¡VIUDEDAD!

UNO DE LOS TRANCES MAS DIFICILES DE LA VIDA FAMILIAR.

LA NUEVA ESPAÑA NO PODIA DEJARLO DESAMPARADO. EL SUBSIDIO DE VIUDEDAD Y ORFANDAD PROCURA ALLANAR LAS DIFICULTADES DE ESTE ESTADO.

SE CONCEDE A LAS VIUDAS DE TRABAJADORES QUE HUBIESEN ESTADO ASEGURADOS EN EL REGIMEN OBLIGATORIO DE SUBSIDIOS FAMILIARES.